

REVISTA DE EDUCACIÓN.

El núm. 48, correspondiente a los meses junio-julio de este año, trae, entre un selecto material, dos amenísimos artículos: «La perdida mina de Huasicima en la pampa de Tarapacá», por Jean Arondeau y una «Breve historia del dinero», por Raúl Hederra de F.

<https://doi.org/10.29393/At277-16UPLM10016>

ÚLTIMOS POEMAS DE VICENTE HUIDOBRO (1)

Era muy necesaria la publicación de este libro que recoge los últimos poemas de Vicente Huidobro, fallecido a principios de año en la proximidad del mar de Cartagena.

Sólo el amor filial de la señora Manuela Huidobro de Irrázaval podía consumir, con ánimo cristalino y fiel, la empresa literaria y afectuosa. A ella se debe este haz de poemas íntimos, llevados a la imprenta desde el manuscrito del poeta y presididos por ésta hermosa y tierna dedicatoria: «A la memoria de mi padre adorado dedico este trabajo, hecho con inmensa ternura y veneración».

Vienen en seguida los poemas mismos que perfilan un nuevo lenguaje del poeta, más desnudo y directo, en el cual ha sido reemplazado, quizá si por una severa condición del alma, el juego onírico, tan rico de imaginación, de otros tiempos, tan alado y sorpresivo en la flúidez de la forma, por una monotonía letal de contorno austero y complejo y sugerente fondo.

Yo soy ése que salió hace un año de su tierra
 Buscando lejanías de vida y de muerte
 Su propio corazón y el corazón del mundo
 Cuando el viento silbaba entrañas
 En un crepúsculo gigante y sin recuerdos.

.....

(1) Imprenta Ahues, 1948.

Oh, mis amigos, aquí estoy,
Vosotros sabéis acaso lo que yo era,
Pero nadie sabe lo que soy.

La intuición de la muerte es constante en estos «Últimos Poemas» y aunque el ateísmo del fondo se mantiene, ocurriendo la poesía con la misma amplitud supra-subjetiva de siempre, hay un límite en el cual resuena la voz angustiada del poeta y que reemplaza todo apoyo en un más allá modelado y vivificado por la esperanza. Es simplemente la impresión del vacío letal que habrá de reducir el «yo» todavía clamante en la forma más impersonal posible.

Traigo un amor muy parecido al universo
La poesía me despejó el camino
Ya no hay banalidades en mi vida
¿Quién guió mis pasos de modo tan certero?

La voz lírica, desnuda y libre de toda digresión de orden metafísico, que no sean las derivadas de su propio compás sugerente, no se detiene en la limitación de su resonancia; busca una captación misteriosa que agote el lenguaje o lo deja simplemente vibrando como las paredes de una campana.

Yo no estoy y estoy
Estoy ausente y estoy presente en estado de espera
Ellos querrían mi lenguaje para expresarse
Y yo querría el de ellos para expresarlos
He aquí el equívoco, el atroz equívoco.

También se insertan algunos poemas que recuerdan los trabajos juveniles del poeta, aquellos publicados en su libro «Altazor», por ejemplo, como ser «La noche momentánea» y «El Hijo canta a la Madre Dolorosa», dedicados a su amada

Francia y «Una tarde después del Rhin», en que el poeta siente y expresa la devastación absurda de la guerra.

La obra va asociando frecuentes glosas, hijas de esta poesía altísima que ahora se otorga en su raíz más desenfadada e íntima, sin perder grandeza ni originalidad, tal como la de los más nobles poetas isabelinos ingleses, imperecederos gracias a su profundo y dramático acento.